

MAR MUERTO

Fui educado solo y, hasta donde recuerdo, siempre me apasionaron las cosas sexuales.

Georges Batailles

Terminé de escribir aquel artículo sobre los murciélagos a las seis de la mañana. No había dormido en toda la noche y a esa hora mi cuerpo se debatía en una ambigüedad gelatinosa que entolecía mi creatividad artística y motora. Lo único que me interesaba era dormir veinte horas seguidas. O tal vez un poco más, pero estaba en la obligación de cumplir con tareas intrascendentes como ir a la editorial para entregarle el artículo que acababa de escribir a Margarita, la editora; recoger el salario de todo un mes; pagar parte de la renta; comprar una botella de ron Caney y el resto del dinero utilizarlo en comida.

Llevaba casi una semana alimentándome con pan de bodega y refresco instantáneo barato y dañino, porque estaba en la quiebra. Y todo parecía indicar que estaría comiendo lo mismo durante otro mes más. El ojo izquierdo me saltaba como un mono asustado y mi aliento era espeso. «Debo tener un cáncer de párpados o en la córnea», me dije mientras acomodaba la USB dentro del portafolio negro y me exprimía el ojo.

El primero de mis seres queridos que murió de cáncer fue mi abuelo paterno. El médico le diagnosticó cáncer de colon, pero mi familia se empeñó en decirles a los amigos más cercanos que el cigarro le había destruido los pulmones de una manera lenta y espantosa. La siguiente víctima fue un viejo amigo de infancia con el que yo jugaba la mayor parte de mi tiempo libre. Se llamaba Omar. Cuando lo enterraron su color de negro claro había mutado a una de las variantes más desconocidas del sepia y carecía de pe-

los en cualquier parte del cuerpo. La tercera pérdida fue la mamá de Maydolis.

Este es el caso que mejor recuerdo porque en ese tiempo yo me recuperaba en el hospital de mi pueblucho de campo de una intoxicación por herbicida que contraí mientras malgastaba las horas (como el resto de los estudiantes) en los campos improductivos de la beca. Por su parte, Maydolis, cuidaba a su mamá de un carcinoma en el mismo hospital y no estudiaba.

En la pequeña y deprimente sala solo estábamos nosotros cuatro y mientras mi madre y la mamá de Maydolis permanecían la mayor parte de la noche imbuidas en la trama nauseabunda de las telenovelas de turno, nosotros nos escurríamos como simples y repulsivas cucarachas entre las paredes en construcción del policlínico de al lado y como buenos samaritanos compartíamos nuestra saliva y nuestros jugos más íntimos a partes iguales. Su madre falleció un día antes de que a mí me dieran de alta y nunca más volví a ver a la muchacha que, entre polvorosas y húmedas paredes, me había regalado su cálida y putrefacta vagina, junto con una infección que me hizo retornar una semana más tarde para que me hincaran una docena de bulbos de penicilina en las nalgas.

Y mientras me exprimía los párpados pensaba que aquel salto impredecible de mi ojo podía ser, en vez de cáncer, un estado alérgico natural o, lo que era peor, uno de los virus raros que en los últimos meses se propagaban por la ciudad y que nadie sabía de dónde habían salido. Escupí en la maceta de helechos que se reseca en una esquina de la sala, ayudando de esa manera a reducir la sequía que la condenaba y me hundí en la espesura de mi cuarto.

Necesitaba un largo baño para despabilarme, así que me quité la ropa y me metí en la ducha. Le di vuelta a la llave y antes de que el hilillo de agua golpeará mi obstinada cara de periodista en quiebra, escuché el rugido agónico de la cañería llenar poco a poco las secas y oxidadas paredes del conducto, para luego escupir un líquido frío y turbio sobre mi ojo palpitante. Diez minutos más tarde el ojo seguía saltándome y en vez de mejorar me dolía to-

davía más. De pronto tuve la sospecha de que el miserable chorro me hubiera desprendido la córnea, o que un parásito se me hubiera alojado en él y terminaría destruyéndome el iris.

Salí chorreando agua y encendí el televisor.

Era lunes y a las siete comenzaba el tercer curso de inglés de *Universidad para todos*. Mientras me vestía comencé a pensar en las formidables piernas de mi editora, en sus ojos marrones y sin ningún encanto, en su culo redondeado y firme (como una pelota de básquet) y empecé a masturbarme.

Del otro lado de la pantalla del televisor, una boca roja y lasciva, me invitaba a probar de varias frutas invernales. *Apple. A-pple. Strawberry. S-traw-be-rry*. La voz sonaba falsa y miserable, como mismo debió sonar la voz de las prostitutas que el Marqués de Sade ataba con cadenas para sodomizarlas. *Would you like to taste my strawberry?*, dijo la misma voz asexual. Cerré los ojos y moví la mano más rápido, pero en vez de pensar en los muslos de mi editora, me trasladé a una amplia pradera donde una vaca rumiaba acostada sobre el pasto. *Cow. Water. Field. The cow eats grass in the field*. El sexo es algo verdaderamente extraño, sobre todo cuando se practica solo.

El culo de mi editora debía ser profundamente bueno, un agujero rosado y con bellos endebles y castaños que no le ofrecerían mucha resistencia a mi falo rebelde y escultural. «¿Cómo se dirá murciélago en inglés?», pensé de pronto «¿*Blindbird?*». El teléfono sonó cuando estaba a punto de eyacular sobre la maceta de helechos. Lo dejé timbrar mientras seguía moviendo la mano, sin embargo ya había perdido ese placer extranjero que en las mañanas me enaltecía viendo aquellas deprimentes clases de inglés.

Descolgué el artefacto lleno de costra y mugre porque podía ser algo importante como el aviso de que había obtenido un premio en una de las provincias orientales del país, o tan alentador como que el presidente del país y sus acólitos habían muerto.

—Sí —dije un poco sofocado a la vez que me subía los pantalones que estaban sobre las rodillas.

—Luis, cariño. ¿Qué esperas para estar aquí? —era una voz dulce y melodiosa. Una voz que se parecía a la voz de mi editora.

—Eh —dije, tratando de controlar mi respiración agitada.

—Luis, ¿te pasa algo?

Maldición. Era Sandra. La secretaria.

—Ah, Sandra. Ya estaba del otro lado de la puerta cuando escuché el teléfono. Tuve que correr. Pensé que era mi madre. Me cogiste de milagro.

Sandra era una mulata con un culo cuadrado y ojos nerviosos y tiroideos que podían deprimir al más feliz. Usaba espejuelos de pasta y estaba enamorada de mí como una vaca. Por supuesto yo no estaba enamorado de ella, sino de mi editora, quien sí tenía un cuerpo espléndido, digno del mayor elogio escritural que se pueda hacer. La boca de Sandra era gruesa y le faltaba el canino izquierdo inferior. Cada vez que me regalaba su sonrisa me daba un poco de repugnancia.

—Estás muy sofocado. ¿No te estarías masturbando, no? —me dijo con suspicacia. Aunque no sabría decir si una secretaria de revista, como en la que yo trabajaba, podía tener suspicacia.

—Masturbarse tiene sus ventajas —le respondí.

—Me gustaría ver cómo te la agarras.

—A mí me gustaría echártela en la cara. Cubrirte los cristales de leche y después meterte los espejuelos en el culo.

—Ay, Dios Mío. Ay, Dios Mío. Estás loco. ¿Cuándo probamos?

No le respondí. Era grotesco pensar en Sandra desnuda. Debía tener los muslos llenos de bolas sebosas y de venitas azules como los dibujos del Nazca. Odiaba unos muslos así. Prefería acostarme con una mujer tuerta o manca pero que en cambio tuviera unos muslos firmes y consistentes. Inhalé todo el aire que pude retener en mis pulmones y lo expulsé suavemente contra los huequitos del auricular.

—¿Qué es ese ruido?

—Acabo de eyacular —le dije.

—Ay, Dios Mío. Ay, Dios Mío. Eres un loco. Ya estoy mojada. Ahora tendré que ir al baño y hundirme la mano hasta el fondo.

—Creo que eso será algo placentero.

—Voy a decir que ya saliste, que no pude contactarte. No quiero que tengas problemas. Recuerda que hay una nueva directora.

Lo del nuevo director lo había olvidado. No iba a la revista desde hacía varios días. Supuestamente estaba haciendo trabajo investigativo, redactando aquel terrible ensayo sobre los murciélagos, pero en realidad llevaba una semana encerrado en mi habitación revisando mi infinita novela y masturbándome.

—Bueno te dejo, Sandra. Tengo que limpiar el piso antes de irme. He derramado como un litro de semen en él. Es una maravilla.

—De veras que estás loco. Mira, tengo una idea formidable. Cuando se termine la reunión me invitas a un helado y después, como quien no quiere las cosas, voy y limpio tu apartamento, completamente desnuda.

—¿Y tus hijos?

—Con el mequetrefe del padre.

—Creo que tendremos que dejar esta limpieza para otro día, Sandra. En cuanto se acabe la reunión, vendré corriendo para continuar en mi novela.

—¿Pero es tan difícil escribir y templar a la vez?

—No sabes cuánto. Además, una editorial sudamericana me está presionando y si no la termino en lo que resta de semana estaré en problemas.

Me arrepentí de haberle dado una fecha tan cercana. Debí decirle que por lo menos necesitaba uno o dos meses y de esa manera ganar tiempo, porque el tiempo es la mejor arma de un escritor.

En realidad, no escribía ni una miserable línea desde que Margarita, mi editora, había comenzado a trabajar hacía dos meses en la revista. Me pasaba todo el maldito tiempo pensando en sus pier-

nas y entonces en vez de teclear con furia en mi laptop me masturbaba. Había perdido como diez libras.

—Esos sudamericanos son unos hijos de putas —acusó Sandra molesta—. Pero no te preocupes, yo soy paciente. Lo único que quiero es que no te vayas a volver loco de inventar tantas historias. Ustedes los escritores son flojos por los nervios. ¿Tú no estarás loco ya?, ¿o sí?

—Solo un poco.

—Si me invitas a tu casa hoy, dejo que me la metas por el culo.

El culo de Sandra debía de ser peor que sus piernas, como un pozo ciego. Todo lo que por casualidad cayera allá dentro no volvería a salir jamás. Estaba seguro de que no se me pararía.

—Mira, hagamos un trato. Cuando termine la novela te invito a una cerveza y después te la meto por donde tú quieras.

—Recuerda que yo no puedo beber. Las malditas pastillas para las convulsiones no me lo permiten.

—No importa, las cervezas me las tomo yo —dije y sentí su risita estridente del otro lado de la línea.

—Tú siempre con tus ocurrencias, Luis.

—Después te doy permiso para que hagas lo que quieras con mi verga enhiesta.

—¿Qué es eso?

—¿Acaso no has visto la torre Eiffel?

—Sí.

—Bueno. Eso significa enhiesto.

—¿Y tú la tienes como la torre esa?

Era un verdadero desastre. No sé por qué demonios hablaba tanto con ella. Quizás en el fondo quería llevarla a la cama y probar de esos encantos nauseabundos que transitaban por los pasillos de la editorial. Ella lo había hecho con todo el mundo. Yo era el único imbatible.

—Un poco más dura —dije.

—Ay, Dios Mío. Me gustaría verla.

En ese instante una vergonzosa preocupación invadió de pronto mi tranquilidad literaria.

—¿De qué tamaño la tiene tu marido, si se puede saber, Sandra? —pregunté con la voz temblorosa.

—Al muy cabrón hay veces que no le llega a los 20 centímetros. Cuando estoy desafortada tengo que hundirme dos de mis dedos para compensar esa ausencia de carne.

Lo que imaginaba ya no era una sospecha. Me avergoncé de mi gusanito que en los momentos más deleitables alcanzaba los 17 centímetros. Sentí tristeza de mi futuro sexual, de mi condición estrictamente literaria.

—Por los pasillos se rumora que tienes una especie de anaconda.

—Algún día la verás, Sandra. Ahora te dejo, si no el nuevo director me hará pedazos cuando llegue.

—Directora —me corrigió—. Y dicen que es tremenda pesada.

Una letra de más era suficiente para que mi mente comenzara a desvariar, a sentirse motivada en asistir a una deprimente reunión impulsado por ese instinto animal que me superaba. Inmediatamente imaginé sus piernas, el culo redondeado y firme, los ojos marrones y sin ningún encanto, como los de Margarita. Escuché un pito insistente desde el otro lado de la línea y colgué. No debía demorarme ni un minuto más. Terminé de acomodarme la camisa, tomé el portafolio y salí.

La entrada al ascensor estaba a punto de derrumbarse. Salté dentro de la caja gris y apreté el botón. Esperé diez segundos y nada. Lo volví a apretar y esperé veinte segundos más. Nada tampoco. Salí. El travesti que vivía al final del pasillo subía por las escaleras en ese momento con un lirio en la mano.

—No funciona, Luis —me dijo y me guiñó un ojo.

Llevaba una minifalda negra y unos tacones como de quince centímetros. Tenía un cuerpo casi perfecto. Sus muslos eran musculosos y alargados, helénicos. Si Sandra tuviera aquellos muslos, yo superaría los 22 centímetros de erección que ella quería. Pero en esta vida nada era como debía ser.

—¿Qué cosa no funciona? —le pregunté con tono áspero.

—El elevador. ¿Qué cosa va a ser, querido? —respondió en un tono más provocativo aún. El lirio era púrpura y parecía de carne.

—Ah —dije casi sin abrir la boca y me apuré a buscar las escaleras.

Se puede decir que bajé corriendo. No tuve tiempo siquiera de inhalar el hedor que en las mañanas brotaba del tizne pringoso que cubría las escaleras: una fetidez a orine, mierda y vómito mezclados. Quizás también un poco de esperma escapada del alma de mi vecino de piso. Abajo, en la esquina, estaba Robertón con un bulto de periódicos entre las manos mugrosas. Cuando me vio fue directo a saludarme.

—¿Cómo está la cosa, muchacho? —me dijo. Creo que llevaba un diente de menos.

—Igual de mala —le dije.

—Se va a poner todavía peor. Ya verás.

—Te creo, te creo. ¿Dame uno de esos?

—¿Cuál? ¿*Granma* o *Juventud Rebelde*?

—Del que más ejemplares tengas. De todas formas no hay diferencias. Si lo compro es para ayudarte y para incrementar la inmundicia de la ciudad.

Me dio un *Granma*. Lo doblé y lo metí en el portafolio, al lado de la USB con mi artículo sobre los murciélagos. Todas las semanas tenía que escribir sobre un animal distinto. La semana pasada había hecho un ensayo sobre una especie de hormigas africanas capaces de matar a un mamífero y comérselo después. Cuando se lo llevé a Margarita me dijo que aquello era impublicable en una revista para niños, que si pretendía llenar las cárceles de inocentes. A partir de ese momento la amé un poquito más. Entonces le dije

que escribiría sobre los murciélagos, esos animalitos tristes y ciegos, que a veces no sabían adónde ir, ni dónde refugiarse.

—¿Cómo van esos libros, muchacho? —me dijo Robertón y me mostró una sonrisa lastimosa y vieja.

—Van —le dije y le di la espalda.

—No te desespere. Algún día darás un paletazo de los buenos. Ya verás.

—Seguro que sí, Robertón. Algún día —y doblando por la esquina desaparecí.

Crucé la calzada y vi el edificio donde radicaba la revista. Pensé enseguida que si el elevador estaba roto, tendría que subir los cuatro pisos de puntal alto que hacían como once y eso sería algo verdaderamente terrible. Mi reloj marcaba las ocho y media. Estaba retrasado. Mientras me apuraba volví a imaginar cómo serían las piernas de la nueva jefa, pero de solo pensar en las grises escaleras que me conducirían a la revista si el elevador no funcionaba, mi mente se abstuvo de cualquier sensación agradable y erótica.

Doblé en la próxima esquina. Seguí por el alto soportal y varios metros más adelante crucé la amplia puerta de cristal. No saludé a ninguno de los guardias ni a la negra cariñosa de la recepción que siempre me esperaba con una sonrisa de madre deseosa de saludar a su hijo. Apreté el botón rojo y comencé a rezar para que aquella cosa funcionara. El piso tembló bajo mis pies y sentí un ligero alivio. La puerta verde se abrió y entré en el hueco también verde.

Subí solo los cuatro altísimos pisos y lo único que pensé fue que el elevador no se detuviera. No resistiría estar encerrado dentro de aquella bestia verde ni un solo minuto. Una vez estuve deprimido una semana, después de permanecer encerrado allá dentro por casi una hora. Cuando la puerta se abrió sudaba a borbotones. Apresuré el paso y entré en la oficina de los editores. Solo estaban Briseis, Enrique y Juliana.

—Hola, Luis —me dijo Juliana, con su sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué cuenta socio? —dijo Enrique con la boca llena de algo que parecía un pan con croquetas.

Hola —les dije a los dos.

Briseis estaba guardando algo en su bolso boliviano y fue incapaz de apartar su vista de allí. Nunca saludaba a nadie, excepto a los jefes. Y como yo estaba muy lejos de ser un ordinario compañero de administración no notó mi presencia.

—¿No han empezado la reunión todavía? —le pregunté a Juliana que me miraba con sus ojones amarillos.

Enrique fue quien habló:

—La suspendieron —le dijo al pan con croquetas en un gesto de verdadero amor.

—¿Cómo que la suspendieron? —dije sorprendido—. Acabo de hablar con Sandra y me dijo que me apurara, que era el único que faltaba. Casi me atropella una guagua cuando intentaba cruzar Paseo del Prado. Un vendedor me obligó a que le comprara uno de sus productos nauseabundos porque simplemente lo miré. Y hasta me tomé tres analgésicos para prevenir el dolor de cabeza que tendría después de cuatro tediosas horas sentado sin entender lo que la directora expondría. Debe ser una broma, Enrique.

—Nadie tiene deseos de hacer bromas, Luis. La jefa se enfermó de pronto. No es culpa de nadie —dijo Juliana—. Ha tenido un comienzo formidable.

—¿Cómo que se enfermó? —pregunté sin comprender.

Briseis terminó de recoger sus cosas, cerró el bolso y salió:

—Nos vemos —dijo y tiró la puerta.